



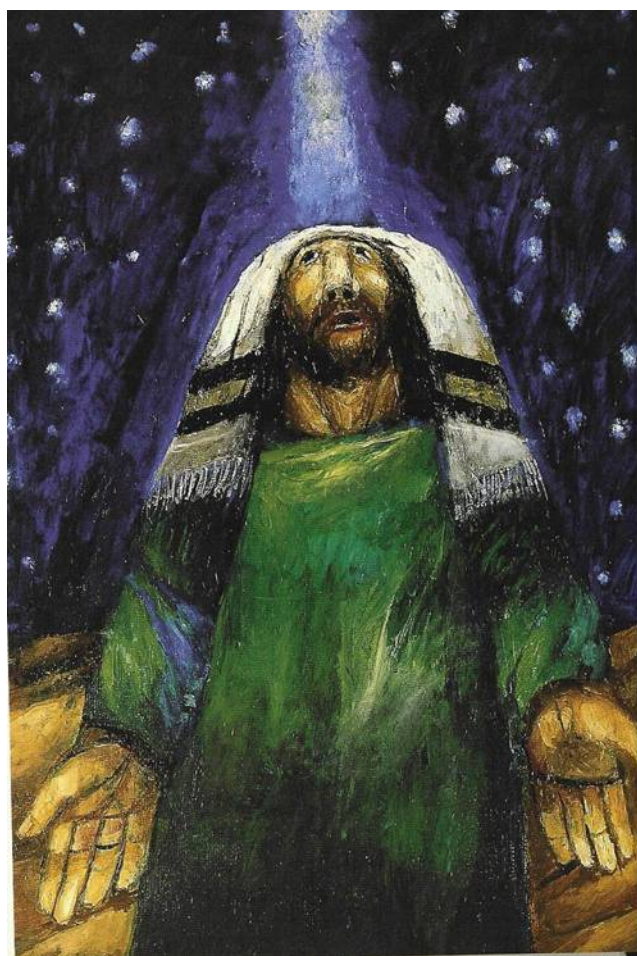
# S.M. 3 OFFICES

MARIANISTI – AMMINISTRAZIONE GENERALE – Via Latina, 22 – 00179 Roma – Italia

N° 152

Roma, 2 de octubre de 2019

**Sacándole afuera (Gn 15,5)**  
**Una vida religiosa auténtica y profética (XXXV CG, 36)**



**Índice:**

Introducción: "Sacándole afuera"

1. Una cultura de la autorreferencialidad:
2. Seres des-centrados (o alter-referenciales)
3. Revisando nuestra vida
4. El grito de las víctimas de este mundo: "Encuéntrame antes"

Conclusión

Nuestro último Capítulo General ("Un hombre que no muera: en misión con la Familia Marianista") nos recuerda la importancia de la fidelidad a nuestro ser religiosos, a "ser los religiosos que estamos llamados a ser en la Familia Marianista" (es el título del capítulo segundo). Es en este contexto en el que se nos llama a "formarnos en una vida religiosa auténtica y profética". El nº 36 que inicia esta sección dice:

"La autorreferencialidad y el individualismo, cuando nuestra vocación está centrada en nuestros deseos y no en nuestra entrega al Señor, amenazan la vida religiosa auténtica en comunidad. Tenemos que vivir nuestra vocación con profundidad y coherencia".

Por eso, entre las recomendaciones que siguen a este número, se pide al Asistente de Vida Religiosa "proponer artículos y otros documentos relacionados con la autorreferencialidad, para la reflexión en las unidades y comunidades sobre este tema, su impacto sobre la autenticidad de la vida religiosa y cómo precaverse contra ella" (XXXV CG, 39).

La propuesta inicial que se hizo a la asamblea era hacer una reflexión sobre el tema... pero finalmente quedó en proponer "artículos y otros documentos". Aún así he querido ser fiel al espíritu original de la propuesta, sobre todo porque me ha parecido muy importante iniciar esta reflexión; es uno de los grandes desafíos que tenemos siempre: ser auténticamente religiosos. Y el ambiente cultural que vivimos no nos ayuda.

El texto que ofrezco a continuación incluye las dos cosas: una reflexión sobre la autorreferencialidad y cómo nos afecta, y sugerencias de libros y autores que nos ayuden a reflexionar.

He utilizado fuentes (libros, artículos) en nuestras tres lenguas... pero no todas las propuestas están traducidas en las tres. Así que no todo lo que se propone podrá ser utilizado por todos. Por esa razón también me parecía mejor ofrecer un texto más elaborado que una simple propuesta de textos a leer.

Con esta reflexión espero dar inicio a un diálogo abierto. Estaré muy agradecido si recibimos propuestas de otros libros y artículos que traten de este tema, que refuercen lo dicho o lo contradigan, buscando siempre que este diálogo nos ayude a ser cada vez más fieles a nuestra vocación.

**(NOTA:** Los apartados 1 y 2 son una fundamentación de contenido filosófico, sociológico y bíblico, mientras que los apartados 3 y 4 son reflexiones sobre nuestra vida y misión marianista. Se pueden leer y utilizar de forma independiente.)

### **Introducción: “Sacándole afuera”**

*Después de estos sucesos, Yahvé dirigió la palabra a Abrán en visión en estos términos:*

*“No temas, Abrán. Yo soy para ti un escudo. Tu premio será muy grande.”*

*Contestó Abrán: “Mi Señor, Yahvé, ¿qué me vas a dar si me voy sin hijos...?”*

*Continuó Abrán: “No me has dado descendencia, hasta el punto de que un criado de mi casa me va a heredar”. Pero Yahvé le respondió: “No te heredarás ese, sino uno que saldrá de tus entrañas” Y sacándole afuera, le dijo: “Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes”. Después le dijo: “Así será tu descendencia”. Y creyó Abrán en Yahvé, que se lo reputó por justicia.*

(Gn 15,1-6)

Un paradigma bíblico. Siempre la Palabra como primera referencia:

La historia de Abrán inicia con la invitación a salir de su tierra y dejar la casa del padre (Gn 12). Es un proceso vital normal en cualquier proceso de vocación. Salir, dejar... moverse hacia adelante... Los primeros años de nuestra vocación se mueven con ese motor. Todos hemos dejado casa, familia, amigos...

Pero siempre hay en nosotros algo que se resiste y busca compensación: Algo tengo que recibir a cambio. Nuestra realidad material, nuestra corporalidad, nuestra necesidad de supervivencia, permanentemente se resisten u oponen a esta dinámica de darse y salir.

Somos espíritu encarnado y carne espiritual. Inicialmente, la dinámica espiritual (el ideal) parece tirar y es capaz de movernos y sacarnos: salimos de nuestra casa y de la casa de nuestro padre... Pero poco a poco las promesas se desvanecen, la realidad por la que caminamos no es tan bonita como esperábamos... y ahí empieza a surgir con más fuerza la voz que tira para atrás y pide compensación y seguridad.

*Contestó Abrán: “Mi Señor, Yahvé, ¿qué me vas a dar si me voy sin hijos...?”*

*Continuó Abrán: “No me has dado descendencia, hasta el punto de que un criado de mi casa me va a heredar”.  
(Gn 15:2-3)*

*¿Qué me vas a dar?... No me has dado...*

Reproches, conscientes o inconscientes, que surgen en nuestro corazón y hacen que desarrollemos dinámicas internas que surgen de esta percepción: “Realmente yo tengo que ocuparme de mí mismo, porque nadie me va a dar nada”. Es el reproche de nuestra parte más resistente: quiero más, necesito más, lo que he recibido no es suficiente. Tú habías prometido, pero lo recibido no es lo esperado.

Y la respuesta de Dios es que la “promesa” se cumplirá. Dios es fiel: dará lo prometido. Pero lo que Dios hace en respuesta a la queja no es dar, sino repetir la promesa y “sacarle afuera”.

Es decir: hay un tiempo en que nosotros “salimos” (en respuesta a una llamada, se supone), pero hay un tiempo en que necesitamos “ser sacados afuera”. Porque hay etapas en que es Dios quien lo hace y no nosotros... porque bien sabe Dios que nosotros ya no salimos de aquí. Demasiada noche fuera, demasiado falta dentro.

*Y sacándole afuera, le dijo: “Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes”*

Es decir, deja de mirarte a ti y lo que no tienes y crees que deberías tener, deja de mirar lo que te falta. Levanta los ojos y mira mucho más allá: a lo que Dios ha hecho, está haciendo y a lo que ni te imaginas que puede llegar a hacer. A lo que Dios ha dado, está dando y a lo que ni te imaginas que puede llegar a dar.

Deja de mirarte.

## 1. Una cultura de la autorreferencialidad:

### Referencias:

ZYGMUNT BAUMAN, *Liquid Life*, Cambridge, Polity Press, 2005. Trad. Española: *Vida líquida*, Barcelona, Paidós, 2006. Trad. Français: *La vie liquide*, Fayard, 2013.

BYUNG-CHUL HAN, *La expulsión de lo distinto*, Barcelona, Herder Editorial, 2017. English translation: *The Expulsion of the Other: Society, Perception and Communication Today*, Cambridge, Polity Press, 2018.

El “problema” de Abrán es el nuestro, es el de todos a lo largo de toda la historia. Nada nuevo, en cierto sentido. Es la vieja lucha con el ego que reclama atención y se pone en el centro de todo. Es el pecado “original” por el que se rechaza ser “creatura” y se pretende “ser como dioses”. Solo yo me doy sentido y soy mi referencia. Nada nuevo bajo el sol.

El problema hoy, entonces, no es que eso se dé, sino que no se vea como problema, que hemos desarrollado una cultura en que eso se considera bueno, deseable. La cultura de la autorreferencialidad.

El término “autorreferencialidad” ha sufrido una ampliación semántica en tiempos recientes, en parte debido al papa Francisco. De ser un término de uso en el ámbito de la lingüística, la literatura, la hermenéutica... ha pasado a usarse también en contexto sociológico, psicológico y en general aplicado al ser humano. Es un término que ha aparecido como necesidad para expresar los cambios producidos en la sociedad occidental... pero que, en un mundo globalizado, son cada vez más comunes a todo el mundo.

Sin pretender hacer un análisis completo de la situación, lo cierto es que cada vez más frecuentemente encontramos situaciones que nos hacen entender que vivimos en un mundo en que la única referencia válida para el ser humano es uno mismo, sus percepciones y sentimientos.

Un ejemplo reciente es el del empresario holandés Emile Ratelband que solicita a la justicia de su país que se cambie su fecha de nacimiento, porque él se siente 20 años más joven de lo que dice su partida de nacimiento: Nació en 1949, pero quiere que aparezca como 1969.<sup>1</sup> Nadie duda que él se sienta así... e incluso parece ser que los médicos le han dicho que tiene un cuerpo fisiológicamente más joven de lo que es... Pero pretender cambiar la fecha de nacimiento revela que la única

---

<sup>1</sup> Diario El País, 11 de noviembre de 2018.

referencia válida es su percepción... No hay objetividad. Solo subjetividad. Lo "real" es lo que yo siento.

Esta cultura actual occidental -cada vez más global- está haciendo un viaje de búsqueda de identidad o autenticidad que se está revelando, de una parte, inútil (como muestra Zygmunt Bauman) y, de otra parte, muy peligroso, al eliminar cada vez más lo distinto (como el filósofo coreano Byung-Chul Han muestra en su libro "La expulsión de lo distinto").

Bauman, en el capítulo primero (*El individuo asediado*) de su libro "Vida líquida" inicia con la reflexión sobre la búsqueda de identidad en la diferencia...pero dice que, paradójicamente, lleva a una masificación e identificación con el resto de los individuos: "La «individualidad» está relacionada con el «espíritu de la masa» ya que se trata de una exigencia cuya observancia está vigilada por el colectivo. Ser un individuo significa ser *como* todos los demás del grupo (en realidad, *idéntico a* todos los demás)".<sup>2</sup> Bauman califica esta situación de "dilema inconcebible", pero que no debe entenderse como una cuestión de *lógica* que preocupa a los filósofos, sino que es una cuestión eminentemente *práctica*, que nos ocupa a todos los seres humanos toda nuestra vida. Hablamos claro, de la cuestión de la identidad y del sentido. Pero, prosigue Bauman:

"Dado que ser un individuo se traduce habitualmente por «ser distinto a los demás» y dado que es a un «yo», a mí mismo, a quien se apela y de quien se espera que destaque por separado y por su cuenta, la tarea se antoja intrínsecamente autorreferencial. No parece que tengamos más remedio que buscar alguna pista sobre cómo aventurarnos en las profundidades cada vez más hondas de nuestro «interior», que se nos aparece como el nicho más privado y protegido del (...) mundo de la experiencia. Yo busco mi «verdadero yo» al que supongo oculto en las oscuridades de mi ser *inmaculado*, indemne (impoluto, irreprimido, sin deformar) antes las presiones externas. Interpreto el ideal de la «individualidad» como *autenticidad*, como «ser fiel a mí mismo», ser «mi yo real».<sup>3</sup>

Y de esta forma reducimos identidad a interior, sentimientos, emociones...:

"Así que prestamos especial atención a los indicios más íntimos de nuestras emociones y sentimientos, lo cual parece un modo sensato de proceder, puesto que los sentimientos, a diferencia de la razón -desapegada y universalmente compartida o, cuando menos «compartible»- son míos y sólo míos, no «impersonales»<sup>4</sup>.

En su reflexión Bauman continúa hasta demostrar que esa "tarea" de ser "individuos" es imposible, aunque la propia sociedad se encarga también de proporcionar los medios para aceptar vivir con esa imposibilidad<sup>5</sup>. La idea de "individuo" fue dando paso en el tiempo a la idea de "identidad", que contiene en sí la idea de algo propio, individual, único, pero que, al mismo tiempo, es dada en gran medida por el grupo (sociedad, comunidad, cultura...). Por eso Bauman hace ver que "la idea de «identidad» (...) siempre se vio afectada por una contradicción interna".<sup>6</sup> Y prosigue:

---

<sup>2</sup> Z. BAUMAN, *Vida líquida*, p. 28.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>5</sup> Cfr. *Ibid.*, pp. 30-31.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 45.

“La búsqueda de identidad siempre se ve tensada en direcciones opuestas: se realiza bajo un fuego cruzado y sometida a la presión de dos fuerzas que se contravienen mutuamente. Toda identidad reclamada y/o ansiada se ve envuelta en un dilema (el de la identidad como *problema* frente a la identidad como *tarea*) y su lucha por emanciparse del mismo será siempre infructuosa. Navega entre los extremos de la individualidad intransigente y el sentimiento pleno de pertenencia a un colectivo. (...) El camino hacia la identidad es una batalla continua y una lucha interminable entre el deseo de libertad y la necesidad de seguridad, agravada además por el miedo a la soledad y el terror a la incapacitación”.<sup>7</sup>

Posteriormente a Bauman, el filósofo coreano Byung-Chul Han, sigue esta reflexión, pero avanza más. En este camino de “búsqueda de identidad”, nos hemos quedado solos; cada uno. Hemos eliminado al “otro”, a “lo distinto”:

“Los tiempos en los que existía *el otro* se han ido. El otro como misterio, el otro como seducción, el otro como eros, el otro como deseo, el otro como infierno, el otro como dolor va desapareciendo. Hoy, la negatividad del otro deja paso a la positividad de lo igual”.<sup>8</sup>

Y más adelante explica cómo este hecho es fruto de una búsqueda de supuesta autenticidad que elimina lo distinto para poder ser uno mismo:

“Hoy se habla mucho de autenticidad. Como toda publicidad del neoliberalismo, se presenta con un atavío emancipador. Ser auténtico significa haberse liberado de pautas de expresión y de conducta pre-configuradas e impuestas desde fuera. De ella viene el imperativo de ser igual solo a sí mismo, de definirse únicamente por sí mismo, es más, de ser autor y creador de sí mismo”.<sup>9</sup>

No sorprende que el análisis de Han señale como causas de ese proceso emancipador precisamente las promesas de la serpiente del Génesis: Ser como dioses, conociendo el bien y el mal, y creadores de sí mismos. Sin otra referencia más que yo mismo. Y prosigue Han:

“El imperativo de la autenticidad engendra una coerción narcisista. No es lo mismo el narcisismo que el sano amor a sí mismo, que no tiene nada de patológico. No excluye el amor al otro. El narcisista, por el contrario, es ciego a la hora de ver al otro. Al otro se le retuerce hasta que el ego se reconoce en él. El sujeto narcisista solo percibe el mundo en las matizaciones de sí mismo. La consecuencia fatal de ello es que el otro desaparece. La frontera entre el yo y el otro se difumina. Difundiéndose el yo, se vuelve difuso. El yo se ahoga en sí mismo. Un yo estable, por el contrario, solo surge en presencia del otro. La autorreferencia excesiva y narcisista, por el contrario, genera una sensación de vacío”.<sup>10</sup>

Y así nos encontramos con una cultura de la autorreferencialidad... destructiva de la sociedad/comunidad... y del individuo.

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>8</sup> B.-C. HAN, *La expulsión de lo distinto*, p. 9.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 40.



Viñeta de El Roto,  
Diario El País;  
10 octubre 2018

## 2. Seres des-centrados (o alter-referenciales)

El tema de fondo, por tanto, es de antropología. ¿Cómo nos entendemos? O, más bien: ¿Qué es ser humano? ¿Quiénes somos? Porque la primera pregunta volvería a poner la referencia en nosotros mismos. Pero ¿hay una “definición” de persona universalmente válida? ¿Hay alguna forma de decir objetivamente: esto significa ser persona? Este sería otro tema de reflexión. Para lo que queremos nosotros, me parece, nuestro punto de partida debe ser la Palabra de Dios. Y, una vez más, sin pretender más que abrir reflexiones, propongo algunas ideas a partir de una mujer no creyente, psiquiatra, y experta en Biblia: Marie Balmory, quien propone un análisis -de raíz psicoanalítica- sobre los textos de la creación del ser humano en el Génesis.

### Referencias:

MARIE BALMORY, *La divine origine*, Paris, Grasset, 1993. (Las citas son traducciones propias a partir de la traducción italiana)

ANDRÉ WÉNIN, *Pas seulement de pain...*, Editions du Cerf, 1999. Trad. Española, *No solo de pan*, Salamanca, Sígueme, 2009.

En un típico análisis psicoanalítico, Balmory se entretiene en analizar la aparición de lo distintos pronombres personales en el Génesis. Es decir, cuándo los personajes dicen “nosotros”, o “tú”, o “yo”. Puesto que de identidad estamos hablando, y de autorreferencialidad, me parece interesante traer este análisis aquí.

Y así, Balmory, encuentra que el primer “Yo” del ser humano en la Biblia aparece solo después del pecado en el jardín, cuando se esconde al oír a Elohim que pasea en la brisa de la tarde:

*Yahvé Dios llamó al hombre y le dijo: ¿Dónde estás?*

*Este contestó: «Te he oído andar por el jardín, y he tenido miedo, porque estoy desnudo; por eso me he escondido». (Gn 3,9-10)*

En hebreo el pronombre personal no es necesario, al estar implícito en la forma verbal, por eso es significativa su aparición. La respuesta de Adán en hebreo, literalmente, es: “La voz de ti he-oído en el jardín y he-tenido-miedo porque desnudo YO y me-he-escondido”.

Así que el primer YO del ser humano aparece después del pecado, y para decir: “Yo estoy desnudo”. Adán ya ha hablado antes en el Génesis, pero en tercera persona, y Eva también, pero en primera del plural (Comeremos del fruto) y en tercera singular (Elohim ha dicho). Así que esta es la primera vez que el hombre dice “yo”, que habla de sí mismo en primera persona. Y lo que dice de sí es que es un YO desnudo, escondido, que tiene miedo de TÚ.

Es interesante notar que es un YO que acaba de recibir un TÚ. Elohim ha dicho que no es bueno que el hombre esté solo, pero este YO que acaba de recibir un TÚ para que no esté solo, se ha escondido solo, por miedo a un TÚ. Conviene ir hacia atrás para ver cómo ha surgido ese sujeto, esos dos seres humanos, y qué tiene que ver la prohibición en la aparición del YO.

Cuando en el segundo relato de la creación Dios crea al ser humano (ha-Adam) le da como alimento todos los árboles del jardín excepto el árbol del conocimiento del bien y del mal (prohibición de comer de un árbol). E inmediatamente añade:

“No es bueno que el hombre (Ha-Adam) esté solo. Voy a hacerle una ayuda *contra-él*”.

Sabemos que le presenta todos los animales, pero en ellos Ha-Adam no encuentra alguien como él. Pero Elohim no decide hacer otro Ha-Adam al igual que el primero, para que no esté solo, sino que hace dormir a este para sacar de su costado alguien que pueda serle de ayuda contra-él, alguien que pueda estar a su costado y frente a él.<sup>11</sup> “En este sentido, el auxilio que permitiría al ser humano escapar del aislamiento y, por tanto, de la muerte, es una relación de correspondencia cara a cara basada en la palabra, cosa de lo que el animal es incapaz”.<sup>12</sup>

No basta “algo” junto a él, o cerca de él, o ante él. Los animales podrían llenar ese hueco. Hace falta “alguien” a su costado y contra él. Un sujeto, no un objeto.

«Se trata de un deseo mucho más profundo que el deseo de que alguien esté ahí; no ante él como un objeto (...) sino a su lado. De aquí quizás el hecho que la mujer sea sacada “del lado” del ser humano: es el lugar donde él la desea, su igual ante el Otro»<sup>13</sup>.

Hay muchas interpretaciones sobre el sentido del mandato de no comer del árbol. Y no da igual cómo se interprete para poder entender mejor el sentido de la creación del otro, ya que el mandato ocurre entre la creación de Ha-Adam y la creación de la mujer, y debe de tenerse en cuenta porque son acontecimientos que van entrelazados.

<sup>11</sup> La Biblia de Jerusalén traduce el final de 2,18: “Voy a hacerle una ayuda adecuada”. El término hebreo correspondiente a “adecuada”, *k<sup>o</sup>negdô*, proviene del término *neged*, cuya raíz significa “estar enfrente” o incluso “hacer frente”. En hifil significa “contar”, “referir”. (Cf. Nota siguiente).

<sup>12</sup> A. WÉNIN, *No solo de pan*, p. 46.

<sup>13</sup> M. BALMARY, *La divine origine*, pp. 84-85. Traducción mía del italiano (p. 61).



La interpretación más extendida, por desgracia, es la que ha aceptado lo que dice la serpiente, según la cual, un Dios celoso de su poder y conocimiento teme que el hombre sea como Él y consiga su conocimiento. No es eso lo que Dios dice. Eso es lo que dice la serpiente que Dios piensa. Pero hemos aceptado de alguna forma que el Dios Todopoderoso es quien pone las reglas y que hay que aceptar sus condiciones para poder jugar en el tablero de la creación. Si no aceptas esto, estás fuera de juego: mueres. Un Dios celoso de sí, de su poder, que no acepta iguales... pero que es quien pone las reglas del juego. Eso es lo que dice la serpiente... y hemos aceptado.

Ante ese Dios abusivo parece lógico que el ser humano quiera reclamar su autonomía e independencia. Libertad, más bien. Y en la cultura actual es lo mínimo que se puede esperar de un ser humano mediamente sensato y maduro.

El problema de este proceso de emancipación es que ha asumido la mentira de la serpiente: Dios no quiere que seamos como Él, y hace lo necesario para que no lo consigamos, hasta el punto de darnos muerte.

Y sin embargo esto es absolutamente contradictorio con lo que Dios ha dicho ya en el mismo libro del Génesis: que nos crea a su imagen y semejanza. Que somos ya su imagen y estamos llamados a ser su semejanza, como Él.

Pero el engaño de la serpiente va más allá: pretende hacer creer al hombre que tomando un objeto (el fruto) va a poder alcanzar los dones divinos (conocimiento y vida eterna), pervirtiendo de raíz la condición humana. Eso es precisamente lo que destruye nuestro ser persona: creer que los objetos pueden darnos la vida divina. Eso es lo que nos deshumaniza.

Y es en este sentido que se debe entender la prohibición recibida: puedes tomar de todo... menos de uno. No todo. Hay algo que se debe respetar; hay un espacio que se debe hacer para que el otro sea otro, un TÚ, y no un objeto más de la realidad que está ahí a mi servicio y para mi beneficio.

Es verdad siempre que necesitamos tomar de la realidad, que no tenemos vida por nosotros mismos, que necesitamos alimentarnos. Dios lo sabe, y nos da todos los árboles del jardín para que nosotros podamos vivir. Todos, menos uno. Porque hay que hacer espacio, respetar, hacer hueco.

Y así, tras la prohibición, Dios constata que el hombre está solo, y no es bueno que eso sea así... y aparece la mujer, hueso de mis huesos y carne de mi carne... Pero para eso hay que hacer hueco: en la voluntad del hombre (la prohibición) y en su propia carne (la costilla).

El otro solo puede existir si YO hago hueco, dejo sitio a TÚ, y si yo concibo ese TÚ como TÚ y no como algo. Es interesante notar que cuando Dios presenta la mujer al hombre, este aún no es capaz de dirigirse a ella como TÚ, sino que aún habla de ella en tercera persona: "Esta sí que es hueso de mis huesos..."

En realidad, YO solo existo ante TÚ y contigo. El YO que pretende existir por sí mismo está avocado a la muerte. Ese es el sentido profundo de la prohibición: si comes todo, si no dejas espacio para un TÚ, entonces mueres sin remedio. No por "castigo" divino, si no por condición humana de ser "imagen y semejanza" de Dios, ser que necesita relación, que necesita de TÚ.

Y así es como se puede entender el verso Gn 3,22 en el que Dios mismo parece dar razón a la serpiente: “Se dijo Yahvé Dios: «¡Resulta que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre».” No se trata de un problema “material”: si el hombre puede o no proveerse de vida a sí mismo e, incluso, vivir para siempre (¿podría la ciencia llegar a eso? Cada vez hay más signos que parecen indicar que avanzamos en esa dirección). Se trata de un problema “existencial”, de pervertir nuestra esencia, nuestro auténtico ser, que es relación.

En ese sentido, ayuda ver que Dios mismo no dice YO en Gn hasta que ha creado al hombre y a la mujer, y precisamente para dar el alimento necesario a los hombres para vivir (Hasta ese momento Dios ha hablado en forma impersonal o en primera persona del plural). Dios no dice YO hasta que no ha creado alguien a su semejanza, un TÚ a quien dirigirse. Es entonces cuando aparece por primera vez el YO de Dios:

“YO he dado a vosotros toda hierba de semilla sobre la tierra y todo árbol de fruto de semilla. Para vosotros será alimento” (Gn 1,29)

El YO de Dios aparece por primera vez cuando están ya el hombre y la mujer... y precisamente para dar alimento, para darles lo necesario para vivir. Para dar.

De alguna forma el YO no existe hasta que hay un TÚ. Y si no hay TÚ, no hay YO posible.

### 3. Revisando nuestra vida

No sé si era necesario “demostrar” que somos seres que existimos solo en relación, que nuestra raíz está fuera de nosotros (por quién nos ha creado y por cómo nos ha creado), que somos seres “alter-referenciales” y que, necesariamente, las dinámicas autorreferenciales son dinámicas de muerte... pero de vez en cuando es oportuno volver a lo fundamental.

Nuestra Regla, en el artículo 2 dice: *Nuestro fin es llegar a la conformidad con Él (Jesucristo) y trabajar por la venida de su Reino.* Y el artículo 1 ya ha establecido que: *Para tender juntos a la perfección de la caridad, (los miembros de la Compañía) se consagran personalmente a Dios (...) y se ponen al servicio de la Iglesia.*

Nuestras “referencias”, por tanto, son Dios/Jesucristo, y los otros (por medio de la Iglesia y el Reino). Pero parece que se nos olvida. La influencia de esta cultura de la autorreferencialidad es fuerte.

El papa Francisco, en EG 8, dice:

“Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le

permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero.”

Y más adelante, cuando el papa alerta de los riesgos de los agentes de pastoral (nn. 76-101) vuelve a desarrollar esa idea, y lo hace al empezar a hablar de esas tentaciones (nº 78):

“Pueden advertirse en muchos agentes evangelizadores, aunque oren, una acentuación del *individualismo*, una *crisis de identidad* y una *caída del fervor*. Son tres males que se alimentan entre sí”.

Crisis de identidad, caída del fervor, individualismo... preocupación exacerbada por los espacios personales de autonomía y distensión...

Creo que todo esto deba llevarnos a dedicar tiempo a examinarnos. A nosotros mismos, nuestras comunidades, nuestra forma de estar en la misión, nuestras motivaciones para la misión... y también, nuestros criterios en la formación y en la aceptación de nuevas vocaciones o en los procesos de aceptación a la profesión perpetua y al sacerdocio. Con la idea de provocar la reflexión personal y comunitaria, ofrezco algunas ideas sobre estos temas, muy consciente de que no son más que una aproximación a los temas; espero que estos puntos puedan servir de inicio de conversaciones comunitarias que nos ayuden a revisar nuestras vidas personal y comunitariamente.

#### **a) Formación y autorreferencialidad**

Ya de entrada los dos términos parecen no ir muy bien juntos, pero el hecho es que los jóvenes que van incorporándose hoy día a la Compañía comparten en mayor o menor grado esta cultura de la autorreferencialidad. La globalización ha hecho su trabajo...

Por eso me parece que la primera tarea en la formación inicial es detectar la “formabilidad” de los candidatos. Esta persona, ¿viene a dar, a servir... o viene a ver qué puede obtener aquí? O, dicho de otra forma, esta persona ¿viene a responder a una llamada... o se está “buscando la vida” por sí mismo? La iniciativa, ¿es de Dios o es suya? Esta última pregunta es la más importante que hay que responder, pero no se puede afrontar directamente, sino a través de las actitudes vitales que se observan en la vida: en la vida de comunidad y en la actitud en el servicio. También, claro, hay que escuchar qué dice de su vida de oración y de su vida espiritual, pero eso tiene que venir contrastado por la vida cotidiana en la comunidad y la misión.

Solo cuando hay una cierta disponibilidad, un deseo de abrirse y dejar entrar a otros y Otro en la vida, es cuando entonces se puede iniciar la formación. Y la formación consistirá fundamentalmente en continuar ese proceso de aprender a vivir en relación, en referencia a otros... y en obediencia a Dios. En ese sentido, formación hoy puede entenderse como “cambiar de referencias”, o “des-centrarse”.

Y llegados a la profesión perpetua o, eventualmente, a la ordenación, el criterio fundamental para la aceptación a la profesión o a la ordenación no puede ser la voluntad del candidato. No se puede aceptar a una persona a la profesión o a la ordenación porque “expresa gran deseo”. Desear algo

mucho no es signo de vocación. Como bien enseña S. Ignacio de Loyola hay que discernir los deseos. Porque desear un bien no es necesariamente signo de que el deseo viene de Dios. Puede venir de “mi espíritu”. Y aquí entra de nuevo la autorreferencialidad. De ahí la necesidad de contraste con algo más objetivo. O con alguien más objetivo: la comunidad, los formadores... Esta ha sido y debe ser la práctica común.

El problema es que cuando estamos en una cultura de autorreferencialidad se complica este discernimiento, porque a menudo vemos en informes que se apoya la aceptación de un candidato... “porque expresa gran deseo”, asumiendo en cierto modo, que hay que satisfacer los deseos (los suyos hoy como los míos mañana).

### **b) Vida de comunidad**

Lo que es cierto para las personas en formación inicial no lo es menos para nosotros. La vida de comunidad es una de las claves de discernimiento, de chequeo de nuestra vida espiritual. Sabemos bien que es una de las partes esenciales de nuestra vocación. Nuestra vida en común no es cuestión de organización práctica (ahorramos tiempo, dinero, somos más eficaces...).

La vida de comunidad es un don de Dios. “Vivimos en comunidad para dar testimonio del amor de Dios, llegar a la santidad y realizar nuestra misión apostólica” (RV 34). Es decir, tiene una función de testimonio, una función de conversión y transformación personal y una función misionera.

Quedándonos ahora con la segunda función, se puede interpretar que la comunidad es el gran don de Dios para sacarnos de nosotros mismos, para evitar esa tendencia autorreferencial. Sin pretender más que iniciar la reflexión, presento dos modelos de comunidad que buscan evitar precisamente eso:

- Las comunidades “cada uno a lo suyo”. Modelo de comunidad en que se pacta lo mínimo común y cualquier movimiento fuera de eso es entendido como una amenaza a mi vida o a mi misión o a... (cualquier otra excusa). Comunidad de no-agresión, no-cuestionar, no-preguntar... en nombre de la autonomía, madurez y responsabilidad personal, pero que, normalmente esconde detrás vidas autorreferenciales que buscan minimizar el impacto de la vida común en la vida privada.
- Las comunidades a mi “imagen y semejanza”. Modelo de comunidad en que solo pueden vivir aquí quienes aceptan una serie de modos de vida concretos, comunes a unos pocos y que quien quiera vivir allí debe aceptar. A los superiores se les deja claro que allí no se debe enviar a nadie que no esté dispuesto a vivir así. Aparentemente menos autorreferencial que el anterior... pero, de hecho, lo único que cambia es que la referencia soy yo y unos pocos como yo.

Obviamente, no existen las comunidades ideales. Pero conviene revisar a menudo si nuestra comunidad nos “saca de nosotros mismos” o si estamos muy cómodos en un lugar donde nadie me molesta ni me cuestiona.

### c) Vida de oración y liturgia

Si hablamos de nuestra vida de oración, entramos en un ámbito más complicado de discernir, porque la mayor parte de lo que allí ocurre es “interior” y, por tanto, tiene más riesgo de ser autorreferencial, aunque, a la vez, cuando Dios nos toca por dentro, eso es mucho más eficaz que cualquier terapia psicológica o dinámica de grupo. De ahí la importancia de la dirección espiritual. Buena dirección espiritual es la que ayuda a la persona a contrastarse consigo mismo, a ser honesto en la búsqueda de la voluntad de Dios, y no la que refuerza los deseos personales.

La Regla nos indica que “para ser fieles a nuestra vocación marianista y para crecer en la vida de fe, dedicamos una hora diaria a la meditación” (RV 55). El último Capítulo General nos lo ha recordado (XXXV CG, nº 32) y añade “atreviéndose a dar espacio a Dios, a escucharlo y a dar al mundo un testimonio contracultural”. Se trata de eso: de dar espacio a Dios y escucharlo, “para ser fieles a nuestra vocación marianista”. Es un testimonio contracultural porque la cultura que vivimos nos empuja en la dirección opuesta: a afirmarnos en nuestra voluntad, en nuestra “identidad” (entendida como “lo que yo decido que soy”). Somos muy conscientes de lo que nos cuesta la fidelidad a esta práctica diaria, lo fácilmente que dejamos la meditación por otras cosas más urgentes o importantes (nos decimos y nos creemos). Pero la fidelidad a la meditación personal es el mejor antídoto contra la autorreferencialidad: “Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad”. (EG 8)

Hablando de oración personal, meditación, la referencia a la Palabra de Dios es imprescindible. Se trata de ponerse a la escucha, de dejarse decir por Otro. Si el “contenido” de la meditación soy yo mismo, mis deseos, mis problemas, lo que me pasa... hay gran riesgo de que la oración personal no sea tal, sino rumia de deseos o heridas. La meditación a partir de la Palabra de Dios de cada día, o de libros concretos de la Biblia, por ejemplo, dan cierta “objetividad” a nuestra oración. Es decir, evitan el riesgo de quedarse uno en sus cosas pidiendo al Señor, como mucho, que le ayude o dé luz. La Palabra nos da la oportunidad de ponernos a la escucha, sacándonos de nosotros mismos... Al menos da esa oportunidad. Bien sabemos que cuando tenemos un problema concreto todo lo que vemos o escuchamos viene teñido de ese color del problema.

La práctica de la *Lectio Divina* que el XXXIV Capítulo General (2012) recomendó, va un paso más allá: es la escucha de la Palabra en comunidad. Es meditación personal, escucha personal... y escucha en común. No solo rezo con lo que yo he entendido... sino con lo que los otros han entendido. Ayuda a la objetividad, porque me puede hacer ver que estoy utilizando filtros para escuchar la Palabra según me interesa.

La liturgia es un paso más allá en la “objetividad” de la oración. Porque ya no estoy yo allí como sujeto individual sino colectivo. Rezo en cuanto miembro de la Iglesia. No dejo de sospechar que muchas de las resistencias a la liturgia (aburrida, no “me” dice nada, no se entiende...) tienen mucho de tendencias autorreferenciales. Nos cuesta incorporarnos a algo mucho más grande que no expresa lo que yo deseo o siento. La liturgia no es expresión del celebrante, ni de la comunidad que reza las vísperas. Es algo más grande, un marco mayor... que tiene que sacarnos de nosotros. Para expresar nuestra oración personal o de grupo pequeño, ya están las devociones.

Una nota para los sacerdotes sobre la liturgia: La fidelidad a la liturgia, a sus normas, no se fundamenta en que se entienda como una especie de rito mágico o alquimia que solo funciona si se siguen las reglas al pie de la letra. Se trata de quitar de en medio al sujeto, al ego. El “yo” debe retirarse ante algo mucho más grande que acontece allí, y contemplar, agradecer y celebrarlo... pero no hacerse protagonista de ello. Un buen ejemplo de que a menudo se entiende incorrectamente, es la cantidad de veces que se “evalúan” las misas por la calidad de la homilía... como si fuese lo más importante de la celebración eucarística. Otra cosa distinta es la recomendación que la misma iglesia hace en determinados momentos cuando indica que “por motivos pastorales” se puede hacer diversamente. Pero ahí el acento está en los “destinatarios” de la celebración... no en el celebrante: no es un permiso para que este se “exprese” mejor o se haga notar más. Cuanto menos interfiramos con el Misterio y dejemos que la gracia actúe y se haga presente en el sacramento y llegue a sus destinatarios, mejor cumplimos nuestra misión. Sin quitar un ápice a que la gracia siempre viene encarnada.

#### **d) Misión**

“Haced lo que Él os diga”: más claro no puede estar. Lo que Él diga.

Creo que este es uno de los campos donde nuestras tendencias autorreferenciales más se dejan ver. La resistencia que encuentran los superiores en cambiar a hermanos a nuevas misiones es un caso claro. El espíritu de la cultura actual se manifiesta aquí muy claramente: es la persona quien toma la iniciativa, quien “busca trabajo” y se cambia de trabajo si las condiciones no satisfacen... siempre yo al centro.

Sin negar en absoluto que debemos ser claramente competentes y profesionales en nuestros trabajos y que, en consecuencia, no estamos capacitados para todo... lo que de verdad hay que discernir es si realmente estoy al servicio de la misión de mi unidad y de la Compañía... o estoy buscándome mi lugar en el mundo. Ser conscientes siempre de la motivación detrás de todo lo que hacemos. Discernir.

Pero es que, además, creo que siempre es necesario una cierta “discapacidad” en nuestra misión; ser conscientes de que no estamos perfectamente preparados y que no somos del todo capaces de cumplir lo que se nos ha pedido. Sería muy oportuno volver a meditar la segunda carta de S. Pablo a los Corintios; aquí me limito a recordar uno de los pasajes más claros a este respecto: “Llevamos este tesoro en recipientes de barro, para que se vea claramente que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros” (2Cor 4,7).

Nuestra misión fundamental es hacernos disponibles a la gracia... para que la gracia alcance al mundo. Es hacernos semejantes en todo al Hijo: “Nuestro fin es llegar a la conformidad con Él y trabajar por la venida de su Reino” (RV 2), volviendo a citar este artículo. Hace tiempo que he ido descubriendo que hay dos principios -aparentemente contradictorios- que guían la dinámica misionera:

- **Solo se da lo que se tiene:**

Parece obvio... y sin embargo no siempre está claro. Me refiero que solo en la medida en que “nos poseemos”, somos “dueños” de nuestra vida... podemos darnos. Se trata de madurez, de ser dueño de la propia vida para entregarla. Por eso es importante una buena formación que nos haga personas maduras en la medida de nuestras posibilidades reales... sin olvidar que siempre, siempre, este tesoro lo llevamos en recipientes de barro. Esto incluye el necesario cuidado de uno mismo, la atención a nuestras necesidades... pero para poder darnos. No para reservarnos. El papa Francisco advierte de esta tentación:

“Hoy se puede advertir en muchos agentes pastorales, incluso en personas consagradas, una preocupación exacerbada por los espacios personales de autonomía y de distensión, que lleva a vivir las tareas como un mero apéndice de la vida, como si no fueran parte de la propia identidad. Al mismo tiempo, la vida espiritual se confunde con algunos momentos religiosos que brindan cierto alivio pero que no alimentan el encuentro con los demás, el compromiso en el mundo, la pasión evangelizadora” (EG 78).

Así que hay que cuidarse, formarse, prepararse... pero para darse. Pero nunca somos del todo “dueños” de nosotros; nunca estamos completamente preparados. Lo que de verdad puede impulsarnos a darnos no es nuestra preparación, sino un amor tan grande que nos saque de nosotros. Solo la experiencia del amor de Dios puede simultáneamente hacernos dueños de nosotros... y entregados a la misión. De nuevo el papa Francisco: “Allí (en el encuentro con el amor de Dios) está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?” (EG 8).

Creo que no está de más recordar aquí la fuerte invitación del mismo Jesús a confiar en el Padre:

*No estéis preocupados por lo que habéis de comer o beber para vivir, ni por la ropa con que habéis de cubrir vuestro cuerpo. ¿No vale la vida más que la comida y el cuerpo más que la ropa? Mirad las aves que vuelan por el cielo: ni siembran ni siegan ni almacenan en graneros la cosecha; sin embargo, vuestro Padre que está en el cielo les da de comer. Pues bien, ¿acaso no valéis vosotros más que las aves? Y de todos modos, por mucho que uno se preocupe, ¿cómo podrá prolongar su vida ni siquiera una hora? ¿Y por qué estar preocupados por la ropa? Mirad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan. Sin embargo, os digo que ni aun el rey Salomón, con todo su lujo, y se vestía como uno de ellos. Pues si Dios viste así a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, ¿no os vestirá con mayor razón a vosotros, gente falta de fe? No estéis, pues, preocupados y preguntándoos: ¿Qué vamos a comer? o ¿Qué vamos a beber? o ¿Con qué nos vamos a vestir? Los que no conocen a Dios se preocupan por todas esas cosas, pero vosotros tenéis un Padre celestial que ya sabe que las necesitáis. Por lo tanto, buscad primeramente el reino de los cielos y el hacer lo que es justo delante de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura. No estéis, pues, preocupados por el día de mañana, porque mañana ya habrá tiempo de preocuparse. A cada día le basta con sus propios problemas. (Mt 6,25-34)*

- **... y solo se tiene lo que se da:**

Es el misterio de la dinámica del amor. Es creerse la dinámica del Reino:

*“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, allí queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida la perderá; pero el que odia su vida en este mundo la guardará para una vida eterna. Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor” (Jn 12,24-26).*

En el amor, solo se tiene lo que se da. Es el misterio de la cruz. Aquí, poco que comentar, y mucho que rezar, meditar y adorar.

#### 4. El grito de las víctimas de este mundo: “Encuéntrame antes”

##### Referencias:

TONINO PALMESE, *I giovani e il futuro: dalla minaccia alla speranza*, Catanzaro, Rubbettino Editore, 2005.

MIGUEL BENASAYAG Y GÉRARD SCHMIT, *Les passions tristes. Souffrance psychique et crise sociale*, Paris, La Découverte, 2003.

Pero una cultura de la autorreferencialidad no genera solo “problemas” a nivel antropológico con sus implicaciones para nuestra consagración y vocación religiosa, para la forma de entender nuestra misión... Tiene también implicaciones muy importantes sobre nuestra visión del mundo y el cómo y el dónde de nuestra misión.

Porque una cultura de la autorreferencialidad genera también un sistema esencialmente injusto (es decir, en sí mismo injusto... no por sus excesos). En un artículo de 2004 de J. Seabrook en *The Guardian* sobre la pobreza que genera el sistema neo-liberal, se afirma:

*“Los pobres urbanos son emblemáticos del siglo XXI. Las políticas neoliberales han acelerado el crecimiento de los barrios marginales, ya que se han retirado los subsidios para la agricultura y la nutrición, la salud y la educación se han convertido en productos comercializados, el agua se ha privatizado y el saneamiento prácticamente se ha abandonado”.*<sup>14</sup>

Seabrook afirma que, para 2030, se calcula que casi un 25% de la humanidad vivirá en estos suburbios (slums) fuera del sistema. Desde las cómodas posiciones de Europa y Norteamérica es relativamente fácil olvidarse de esto; porque no lo estamos viendo cada día<sup>15</sup>. Bauman, haciéndose eco de este artículo comenta que *“los protagonistas del relato de Seabrook se encuentran exiliados en el extremo final de la escala de posiciones que ocupan los seres humanos en nuestra cada vez más individualizada sociedad”*. Y más adelante añade:

*“Son la escoria, los residuos y los marginados del progreso económico y del libre comercio global, comercio globalizado que, mientras que en uno de sus extremos (el nuestro)*

<sup>14</sup> JEREMY SEABROOK, «Powder keg in the slums», *Guardian*, 1 de septiembre de 2004.

<sup>15</sup> Un libro reciente que trata a fondo este tema es STEPHAN LESSENICH, *La sociedad de la externalización*, Barcelona, Hereder, 2019. Traducción inglesa: *Living Well at Others' Expense: The Hidden Costs of Western Prosperity*, Cambridge, Polity Press, 2019.



sedimenta los placeres de una riqueza inaudita, vierte en el otro una pobreza y una humillación inenarrables, al tiempo que esparce miedos y espantosas premoniciones a lo largo y ancho del espectro comprendido entre uno y otro”.<sup>16</sup>

Los que hemos visitado o trabajamos en esos suburbios sabemos que no hay exageración alguna: son residuos, deshechos... y así se viven ellos. Es cierto que no podemos resolver “el problema”, y que no somos responsables directos del mismo... pero no podemos dejar de ver que nuestra forma de vivir, nuestra cultura, está generando esa realidad. ¿Tiene que tener esto algunas implicaciones en nuestras vidas personales y comunitarias? ¿Hay algo que yo/nosotros pueda/podamos cambiar? Y yendo más allá, pensando en nuestra misión: ¿Estamos haciendo lo que tenemos que hacer?

Tenemos un gran potencial al trabajar en educación: ¿Cómo estamos educando? ¿Estamos preparando más líderes de este sistema que inevitablemente genera deshechos humanos? Soy muy consciente de que los sistemas se cambian desde dentro, no saliéndose o poniéndose al margen y criticando... por eso quizá nos conviene revisar, en cada lugar y circunstancia, qué hacemos y para qué.

El salesiano italiano Tonino Palmese<sup>17</sup> hace una reflexión sobre la realidad juvenil en la Europa posmoderna y el papel de la educación en ofrecer a la juventud del siglo XXI la posibilidad de mirar hacia un futuro distinto del que ofrece el sistema actual. Palmese, que se inspira en parte en un estudio de dos psiquiatras, Miguel Benasayag y Gérard Schmit<sup>18</sup>, plantea el problema de la siguiente manera:

“Sobre todo en nuestro primer mundo, hay millones de jóvenes que se encuentran a menudo arrojados ante su existencia y ven con preocupación su futuro, o peor aún, quieren ignorarlo. Para tantísimos, esta dimensión no es tanto ya una *promesa* que construir, sino una *amenaza* a evitar. Ante estas consideraciones, me ha parecido reconocer con mayor claridad esa (no natural) arruga de sufrimiento y angustia que cruza transversalmente la existencia de nuestros jóvenes, pertenecientes a las situaciones más variopintas, desde los más pudientes a aquellos inmersos en áreas socio-económicas terriblemente deprimidas. Rostros que tienen dificultad hasta para recibir una caricia, porque a menudo, incluso esta es el fruto de una lógica de mercado, o peor aún, patológica.

Y, entonces me pregunto: ¿cómo se podrá construir este futuro si hoy día no fuese ya posible llegar a ser esa caricia que permite la esperanza?”<sup>19</sup>

Y, claro, el único punto de referencia posible para nosotros para avanzar en este camino es Jesucristo y el evangelio. Palmese propone el caso de la hija de Jairo como paradigma (Lc 8,49-56). Jairo que acude al maestro para pedir la sanación de su hija... pero en el camino le comunican que la niña ha muerto. Jesús dice entonces “No temas; basta que tengas fe y se salvará” y, cuando llegan a la casa y encuentran a todos llorando dice: “No lloréis, no ha muerto; está dormida”. Comenta Palmese:

---

<sup>16</sup> Z. BAUMAN, *Vida líquida*, pp. 35-36.

<sup>17</sup> T. PALMESE, *I giovani e il futuro: dalla minaccia alla speranza*, Catanzaro, Rubbettino Editore, 2005.

<sup>18</sup> M. BENASAYAG Y G. SCHMIT, *Les passions tristes. Souffrance psychique et crise sociale*, Paris, La Découverte, 2003.

<sup>19</sup> T. PALMESE, *I giovani e il futuro: dalla minaccia alla speranza*, p. 17.

“Ante esta afirmación, el resto de la comunidad (compuesta de adultos), toma inmediatamente distancia. (...) Es más fácil decir ante el drama que no hay nada que hacer (...) Según el Mesías la joven debe considerarse, más que muerta, simplemente dormida. El problema hay que llevarlo siempre a la relación. El Nazareno sabe bien que entre Él y la joven no puede haber una relación de muerte”.<sup>20</sup>

Y propone que el primer compromiso debe ser eliminar de nuestro lenguaje todas las expresiones y todo lenguaje que hablen de “imposibilidad salvífica”. Sirve de ejemplo vital el encuentro con un joven de un centro de reclusión de menores que poco antes ha contado:

“Visité ... diversas agencias educativas y, entre estas, un centro de reclusión de menores. Al acabar el encuentro, con discursos, música, imágenes, tras una despedida afectuosa y agradecida por parte de aquellas personas “encerradas” para descontar la condena, un joven se me acercó y abrazándome, me susurró al oído estas palabras en mi lengua napolitana: «Tonì, stamm'a senti: se per caso avesseme nascere n'ata vota, pe' favore, ncuntrammece prima. Sarà meglio pe' tutte e dduie. Così, io nun stonghe in carcere e tu me ncuntre int'a nu posto cchiu belle».<sup>21</sup>

Un joven que cree en un futuro distinto posible... por el encuentro. Un futuro distinto posible... para los dos. Será mejor para los dos: Yo no estaré en la cárcel... y tú me encontrarás en un sitio más bello. Pero lo importante es que hay que volver a encontrarse. Eso parece importarle más que salir de la cárcel.

“Encuéntrame antes”. Es la llamada de los millones de personas expulsadas del sistema, de los millones de jóvenes amenazados por el futuro... Encuéntrame. Sal a mi encuentro. Antes. Porque aún es posible que no vuelva a pasar lo que ya pasó. Porque es posible otro futuro. Porque para Dios nada hay imposible.

Crear en un futuro siempre abierto... porque Dios salva.

Crear relaciones que abran a la esperanza... porque Dios salva.

Una actitud y una tarea para nuestra misión, sea donde sea y en las circunstancias que sean. Pero quitándonos nosotros del centro y colgados de quien salva y de quien necesita ser salvado.

**Conclusión:** “Y sacándole afuera, le dijo: “Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes.”

Terminamos volviendo a nuestro texto de inicio, a nuestro paradigma: necesitamos “ser sacados afuera”. Solos, difícilmente salimos. Ahí están los dones de la comunidad, la oración, la misión, los necesitados de este mundo que nos gritan “encuéntrame antes”. Todo esto son dones, gracia encarnada, cotidiana, por medio de los cuales Dios nos saca afuera.

<sup>20</sup> T. PALMESE, *I giovani e il futuro: dalla minaccia alla speranza*, p. 19.

<sup>21</sup> “Tonino, escúchame: si por casualidad tuviésemos que nacer otra vez, por favor, encuéntrame antes. Será mejor para los dos. Así yo no estaría en la cárcel, y tú me encontrarías en un lugar más bello”. T. PALMESE, *I giovani e il futuro: dalla minaccia alla speranza*, p. 18.

Necesitamos “ser sacados afuera”, porque la urgencia de la salvación es grande, porque hay millones de sufrientes y necesitados. Es Dios quien nos urge a dejarnos sacar afuera. Hay mucha necesidad de salvación como para pasarnos la vida mirando lo que no me han dado o lo que no he recibido.

Es Dios quien nos saca afuera y nos dice: deja de mirarte, levanta la cabeza, mira al cielo, deja de echar cuentas sobre lo que no te he dado, mira todo lo que te he dado, fíate de mí, te daré, más de lo que puedas imaginar.

Cuenta las estrellas, si puedes.



Pablo Rambaud SM  
Asistente General de Vida Religiosa